

sena estaba. E Amadís é Agrájes é Grasandor se quedaron en la ínsola Firme, é con ellos aquel fuerte gigante Balan, señor de la ínsola de la Torre Bermeja, con voluntad de no se partir de Amadís fasta tanto

que del rey Lisuarte nuevas algunas se sopiesen; é si fuesen tales que socorro de gente menester fuese, de pasar por aquella ventura é trabajo que dar le quisiesen.

Á DIOS SEAN DADAS GRACIAS.

ACÁBANSE AQUÍ LOS CUATRO LIBROS DEL ESFORZADO É MUY VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS DE GAULA, FIJO DEL REY PELAYO Y DE LA REINA ELISENA, EN LOS CUALES SE FALLAN MUY POR EXTENSO LAS GRANDES AVENTURAS Y TERRIBLES BATALLAS QUE EN SUS TIEMPOS POR ÉL SE ACABARON É VENCIERON, É POR OTROS MUCHOS CABALLEROS, ASÍ DE SU LINAJE COMO AMIGOS SUYOS.

## EL RAMO

QUE DE LOS CUATRO LIBROS DE AMADIS DE GAULA SALE;

LLAMADO

### LAS SERGAS DEL MUY ESFORZADO CABALLERO ESPLANDIAN,

HIJO DEL EXCELENTE REY AMADIS DE GAULA.

AQUI COMIENZA EL RAMO QUE DE LOS CUATRO LIBROS DE AMADÍS SALE, LLAMADO LAS SERGAS DE ESPLANDIAN, QUE FUERON ESCRIPTAS EN GRIEGO POR LA MANO DE AQUEL GRAN MAESTRO ELISABAT, QUE MUCHOS DE SUS GRANDES HECHOS VIÓ Y OYÓ, COMO AQUEL QUE, POR EL GRANDE AMOR QUE Á SU PADRE AMADÍS TENIA, SE QUISO PONER EN TAN GRAN CUIDADO, Y POR VER SUS GRANDES HECHOS EN ARMAS Y LE SOCORRER CON SABIDURÍA, COMO LO HIZO EN MUCHAS PARTES DONDE MAL HERIDO FUÉ. LAS CUALES SERGAS DESPUES Á TIEMPO FUERON TRASLADADAS EN MUCHOS LENGUAJES, SEGUN Á LAS PROVINCIAS Y REINOS DONDE LLEVARLAS QUISIERON POR DONDE Á MUCHOS MANIFIESTAS FUESEN, QUE HABIENDO LEIDO LAS GRANDES COSAS DEL PADRE, CON MUCHA AFICION LAS DEL HIJO DESEABAN VER.

#### CAPITULO PRIMERO.

Que habla cómo Esplandian, despertado del dulce son de las trompetas, que dormir le hizo, se halló en la gran fusta de la Serpiente, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, y lo que allí le aconteció.

Cuenta la historia que, recordado Esplandian de aquel dulce son que las seis doncellas de Urganda la Desconocida con las trompas doradas hicieron, al tiempo que la orden de caballería recibió, él se halló encima de las muy fieras y espantables alas de la Gran Serpiente, solo, sin persona alguna, armado de todas sus armas negras, y junto al pié de una peña muy alta; de lo cual fué mucho maravillado. Pero bien tenia en la memoria haber estado en aquel mismo lugar al rededor de su padre Amadís, y todos los otros grandes señores y caballeros, y Urganda la Desconocida, y los cuatro donceles que él hiciera caballeros. Y como así se vió, no sabia qué hacer de sí; pero luego pensó que como las cosas de Urganda muy diversas y extrañas de las otras todas fuesen, que así aquella, que por su sabiduría habia sido guiada, lo era, y bajóse por la puerta que descendia á la gran sala que ya oistes, y tampoco halló allí ninguno. Mas entrado en la rica capilla donde sus armas velara, halló delante del altar durmiendo á Sargil, su escudero, y dos hombres cabo él, que asimismo muy fieramente dormian, con las barbas y cabellos muy largos, y vestidos de unas vestiduras hechas á la guisa de Turquía. Entonces dió del pié á Sargil, y llamóle que se levantase; el cual despertó despavorido, y levantóse en pié, y dijo: «¿Quién sois vos que aquí venistes?» Esplandian comenzó á reir de

gana y díjole: «Conoce que algunas veces me viste.» Y tomóse por la mano y trájolo contra sí. Sargil acordó mas que antes, y conoció á Esplandian, y dijo: «El gran sueño que he tenido por poco me hiciera perder el seso.» Esplandian le dijo: «Pues mas es aun de lo que tú piensas.» Entonces le contó cómo se habia hallado durmiendo encima de aquella fusta, y que no viera persona alguna de las que estuvieran á la sazón que le armaron caballero; y como estaban al pié de una muy alta peña sin medida, que no sabia qué lugar fuese; y que habia mirado en derredor, y no viera sino agua, y aquella roca cercada della de todas partes; pero que bien creia que esta fuese la peña llamada de la Doncella Encantadora, de que algunas veces habia oido á su padre Amadís hablar. Sargil vió aquellos dos hombres que dormian, y dijo: «¿Quién son estos que aquí yacen?»—No sé, dijo Esplandian; pero bien creo que Urganda los dejó aquí, y bien será que los despertemos.»

Entonces fué cada uno al suyo, y llamáronlos que se levantasen; los cuales presto recordaron y fueron en pié. Esplandian les preguntó quién eran; ellos hicieron señal que no hablaban, que eran mudos. Y esto seria ya á tal hora que el mediodía era pasado, y Esplandian tenia gana de comer, y dijo á Sargil: «Amigo, ¿qué harémos, que en esta fusta no veo recaudo ninguno cómo pasar podemos, que estos hombres poco remedio nos pornán; busquemós á todas partes si halláremos algo de comer.» Cuando aquellos hombres entendieron en lo que hablaban, hicieronles señas que estuviesen quedos, y ellos salieron de la capilla y entraron en una cámara que con la gran sala se contenia; y á poco



rato salieron con una mesa y vianda de que les dieron de comer. Pero á Esplandian sirvieron como lo merecía; y desde que hubieron comido, Esplandian llamó á Sargil, y subieron encima de la fusta, y mostróle la roca cómo era alta, y dijole que, pues allí había la su serpiente parado y no se movía, que era señal de probar él aquella peña, y saber qué cosa fuese. Sargil le dijo: «Paréceme, Señor, que según el recado aquí hallamos, que mas es necesario de adivinar lo que hacer se debe, que de lo preguntar, que en estos hombres poca razon se hallará.» Pues que así es, dijo Esplandian, quiero saber por qué causa ó ventura somos aquí arribados.

Entonces, así armado como estaba cuando el gigante Balan lo armó caballero, que solamente la espada le faltaba, se abajó á la sala, y hizo señas á aquellos hombres que por el costado de la sierpe le echasen un batel en el agua, lo cual fué luego hecho; y entrando él y Sargil en él, y los mudos quedando en la fusta, les pusieron tanto que comiesen, que bastarles pudiese para tres dias; y luego llegaron el batel á la peña, que bien cerca estaba, y saltaron en tierra; y á poco trecho que al rededor della anduvieron, hallaron aquel camino labrado y tajado por donde Amadis y Grasador habian subido, como ya se os dijo. Y queriendo Esplandian por él subir, Sargil le dijo: «Señor, ¿qué haréis sin espada si luego en esta peña algun peligro se vos ofrece? Quiero que, por falta della, lleveis un pedazo deste remo que en el barco queda; que muchas veces el gran esfuerzo es menoscabado no tanto á culpa suya como de aquel aparejo que para ser mostrado se requiere.» Entonces se tornó al barco que allí los trajo, y quebrando un pedazo del remo y tornándose á Esplandian, se lo puso en la mano, y Esplandian se quitó el yelmo y se lo dió que lo llevase, y luego subieron por la peña arriba á gran trabajo de Esplandian, por ir armado, y anduvieron hasta la noche, que llegaron á la ermita donde la grande imagen de metal estaba, con la tabla escripta ante sus pechos como ya oistes, y entraron dentro, no con otra claridad mas de la que por la puerta entraba, que era harto bien pequeña; así que, no pudieron ver sino solamente el bulto de la imagen, y acordaron de quedar allí, y así lo hicieron; que Esplandian se quitó el escudo, y cuando fué tiempo cenaron, y dormieron á la puerta de la ermita, porque dentro hacia gran calor. Y venida el alba, levantáronse, y vieron bien clara la imagen de la forma en que estaba, y las letras griegas que en la tabla de metal tenia, mas no las pudieron leer. Y desde que una muy gran pieza la miraron toda, dijo Esplandian: «Amigo Sargil, yo te ruego mucho que en esta ermita me esperes, porque si es, como yo creo ser, esta la roca en que mi padre y Grasador aportaron, ó de voluntad la buscaron, paréceme que entre las otras aventuras della, contaban por la mas principal en el tiempo destas calores haber en ella cosas emponzoñadas, que por causa de no traer armas te pondrias en peligro de perder tu vida; y á mí, que las traigo, me conviene subir allá, por cobrar lo que me falta, si mi ventura tal fuere, que sea yo aquel que de tan grandes tiempos señalado y profetizado está.» Sargil le dijo: «No me quedaré por ninguna manera, ni

Dios quiera que por temor de la muerte en ningun tiempo os desampare; que mucho mas trabajosa y penosa seria para mí la vida que la muerte si fuera de vuestro servicio la poseyese.» Así lo tengo yo, mi buen amigo y verdadero hermano, dijo Esplandian; mas la mia se puede, estando armado, por razon remediar, y la tuya mas á locura y poco seso se puede atribuir que á esfuerzo ni amor; por que te ruego que sin mas me decir hagás lo que mando.

Sargil, como vió ser aquella su voluntad, quedó llorando muy fieramente, como aquel que mas que á sí lo amaba. Entonces Esplandian tomó su yelmo y escudo, y algo que comer pudiese, y con el pedazo del remo en la mano subió por la peña arriba; y no pudo tanto andar, que antes le convino descansar y comer. Y cuando á la cumbre llegó, vió aquel gran llano que ya oistes, y los grandes palacios y otros edificios derribados que en él estaban, á tal hora, que no quedaban dos horas del dia por pasar. Entonces se encomendó á Dios muy de corazon, y fuése derechamente contra los palacios, y pasó por el arco de piedra, y miró la imagen que encima estaba; mas no supo leer las letras y el rétulo que en la siniestra mano tenia, y pasó adelante tanto, que entró dentro en la gran sala donde la cámara del tesoro estaba, á la puerta de la cual vió estar echada una gran serpiente, y miró las puertas de piedra y la empuñadura de la espada que por ellas metida estaba; y como quiera que aquella bestia fiera gran espanto le pusiese, especialmente no teniendo con qué la herir, no dejó por eso de ir contra ella con muy esforzado corazon.

La sierpe, como así lo vido venir, levantóse, dando grandes silbos y sacando la lengua mas de una brazada de la boca, y dió un gran salto contra él; mas Esplandian se cubrió de su escudo, y como la vió cerca dél, dióle presto con aquel palo que traia un tan gran golpe entre las orejas, que muy grandes las tenia, de que muy poco mal le hizo, que la serpiente vino tan recia y tan desapoderada, que lo derribó en el suelo, y ella pasó por encima, que no se pudo tener. Esplandian se levantó muy presto, como aquel que se veia en punto de muerte, y hallóse bien cerca de las puertas de la cámara; y como vió venir contra sí la serpiente, fué cuanto mas recio pudo, y soltando el palo de la mano, tiró por la espada tan recio, que la sacó; y luego las puertas se abrieron ambas con tan gran sonido, que así Esplandian como la sierpe cayeron en el suelo como muertos, y así lo hizo Sargil, allá en la ermita adonde habia quedado; que el sonido y ruido fué tan espantable, que por mas de veinte leguas en derredor fué oido por aquellos que á la sazón por la mar andaban, y no cuidaron sino que la roca cayera y se hundiera en la mar. Este ruido tuvo tanta fuerza, que nunca Esplandian tornó en su acuerdo hasta la media noche pasada, y como fué tornado en sí, levantóse y tomó la espada, que cabe sí vió, y la serpiente estaba muerta; la cual bien se parecia, que de la cámara salia una gran claridad que toda la casa alumbraba tanto como lo hiciera el sol muy claro; y luego fué Esplandian á entrar dentro, por saber qué cosa tan extraña era aquella, y vió estar en medio de la cámara un muy gran leon hecho de

metal, asentado encima de una tumba, la cual era hecha en una piedra como de cristal, tan clara y tan limpia, que sin empacho alguno, aunque de todas las partes era cerrada, se parecia muy bien claramente todo lo que dentro della estaba; y aquel leon que allí estaba tenia en la mano diestra la vaina de la espada; que su guarnimiento era hecho por tal arte y forma, que dél salia aquel gran resplandor de que toda aquella cámara, y no menos la gran sala, eran bien alumbradas; y en la otra mano siniestra tenia un muy gran titulo de letras, las cuales decian así:

## CAPITULO II.

De cómo Esplandian, leidas las letras del rétulo, tomó la vaina de la espada de la mano del leon, y acordó de salir, y de las graciosas razones que cerca de la ermita con Sargil platicó.

«Los bramidos espantables en el tiempo de la gran priesa constriñirán á tí, caballero que la espada ganaste, á te hacer que vuelvas por el gran tesoro que te hará restituir la perdida alegría, y resfriará aquellas llamas encendidas de los crueles rayos que de tí se serán herido; conténtate con lo que ganaste, pues en tan grandes tiempos, donde tantos caballeros por gran fama fallecieron, la mudable fortuna á tí sobre todos ensalzó, otorgándote la gloria que ninguno alcanzar pudo.» Leidas las letras por Esplandian, estuvo por una pieza pensando, y en el fin conoció que, como quiera que á él era aquello otorgado, que convenia esperar lo que las letras señalaban; mas no supo por qué causa las otras cosas le habian de venir, como aquel que hasta entonces en su libertad entera estaba; pero á tiempo fué, sin que gran espacio pasase, que sintió la cruel herida de aquella que mas por nuevas que por vista le vino, así como la historia adelante os contará. Entonces tomó la vaina que en la mano tenia aquel muy gran leon, y puso en ella la espada, y echóla á su cuello, y hincó los hinojos en tierra, dando muy muchas gracias á aquel soberano Dios por aquella tan gran honra en que le habia puesto. Y levantándose, anduvo al derredor de aquella tumba mirando, mas no pudo ver por dónde abrir se pudiese; que mucho quisiera Esplandian ver lo que dentro de la tumba estaba, pero empachábalo muy mucho otra cubierta que debajo de la piedra cristalina tenia; la cual piedra era como color de cielo, que ningun hombre podia devisar de qué metal ó material fuese. Y así estuvo Esplandian por una muy gran pieza, y despues acordó de salir y tornar á su compañía; y salido de la cámara, y de la gran sala donde muerta quedaba la serpiente, perdió la espada del gran resplandor por la claridad del dia, que ya era sobrevenido, y comenzó á descender con grande priesa hácia la ermita donde Sargil habia quedado, al cual halló que con gran priesa subia la peña arriba, determinado de morir ó saber qué habia sido de su señor. Y cuando él lo vió venir tan alegre y con la rica espada al cuello, fué para él, llorando de grande alegría, y dijole: «A Dios gracias, que os guardó, y loada sea su misericordia, porque ya comienza á mostrar las vuestas grandes y extrañas cosas.» Esplandian lo abrazó, que mucho lo amaba, y contóle todo aquello por que habia pasado; que Sargil hubo tanto placer que mas no

podía ser, y luego se abajaron por la cuesta apriesa, al mayor andar que pudieron, y llegaron á la ermita; pero antes les convino comer de lo que Sargil traia, y allí durmieron fuera della, debajo de unos grandes árboles.

Pues estando con mucha alegría hablando en las cosas que mas placer les daban, dijo Sargil á Esplandian: «Señor, mejor sois que vuestro padre, pues que esta aventura que él faltó, vos la acabastes.» Esto decia él porque todos sabian cómo Amadis no quiso probar aquella aventura, pues que halló razon por donde á él le era otorgada; pero no supieron para quién guardada estaba, que á Amadis plugo que se guardase en secreto hasta ver si las letras decian verdad. Así que, si él no, y Grasador, que presente fué, y Urganda la Desconocida, otro ninguno no sabia lo que seria de la espada. Esplandian le respondió y dijo: «Mi buen amigo Sargil, si las grandes cosas que mi padre con tanto esfuerzo de su muy esforzado corazon y no menos peligro de su vida pasó, fueran empleadas en servicio de aquel Señor que tan extremado entre tantos buenos le hizo en este mundo, no pudiera ser hombre ninguno igual ni semejante á la su virtud y gran valentía. Pero él ha seguido con mucha aficion mas las cosas del mundo precedero que las que siempre han de durar; y como quiera que en sus afrentas procuró de tomar el derecho y la razon de su parte, en que parece que la culpa en grande parte se desculpa, no por tanto dejara de ser mucho mejor que aquella ira y saña que contra los de su ley, en gran daño y muerte de muchos dellos, fué con tanta voluntad ejecutada, que lo fuera contra los enemigos de su Salvador, el cual no permite ni quiere que los malos sean castigados con otras armas sino con aquellas que á los sus ministros dejó. En las cuales, aunque muy justas sean, se hallan muchas veces grandes ofensas y agravios; pues, ¿qué será en las que sin pasion y grandes crueldades ejecutar no se pueden? que ya puedes considerar la excusa que los reyes y grandes señores, que en lugar de Dios en este mundo quedaron, pueden dar, teniendo delante los enemigos de la santa fe; no solamente en dar lugar á que los suyos y cruelmente se maten, mas ellos, olvidando su grandeza, su honestidad, y la justa justicia á que tan tenidos de guardar son, lo hacer por sus propias manos, y recibir en ello tanta gloria como si para dar la cuenta superior faltase. Así que, plega al muy alto Señor que, si yo en algo á mi padre pareciere, ó le pasare de bondad, que sea mas por el camino de salvar mi alma que de honrar al cuerpo, apartando de mí aquello con que ofenderle puedo.»

Sargil le dijo: «¿Cómo, Señor, quereis vos reprobar y contradecir lo que todos siguen, y este estilo con que el mundo es gobernado?» El mal estilo, dijo Esplandian, tanto mas es peor, y mas yerran y pecan los que lo siguen, cuanto mas es usado y envejecido; y ¿quiere ver el galardón que los que al mundo siguen alcanzan? mira aquel grande y poderoso rey Lisuarte, mi abuelo, cuántos tiempos permitió nuestro Señor Dios que su gran gloria y gran fama por todo el mundo ensalzada fuese; y esto por le dar lugar que hubiese conocimiento, como dando ocasion que los suyos



unos con otros se matasen, era contra su servicio, y así como en aquellos tiempos el placer y gloria que los que obrando mal reciben, él recibió, cuando mas seguro y ensalzado estaba, hubo la pena que merecia, perdiendo su honra y su fama, y al cabo su persona, que della no se sabe. Y si algunos dijeren que la fortuna suya lo ha hecho, no creas que otra fortuna hay sino el bien que de Dios viene; y así, no menos el mal que los hombres se acarrear, partiéndose de sus mandamientos, y siguiendo los que le son contrarios. Y si á Dios pluguiere que mi deseo se cumpla, tú verás que cuanto mis obras serán mas diversas de las de los otros, tanto serán mas dignas de alcanzar galardón de aquel que darlo puede. Y así fué como este caballero lo dijo; porque sus grandes caballerías, que en su tiempo par no tuvieron, fueron contra los paganos enemigos de la santa fe católica; que poco tiempo habia pasado que era establecida, como la historia adelante cuenta.

## CAPITULO III.

En que responde el autor que no es de maravillar de los maravillosos consejos y santa doctrina que deste caballero adelante se escribe que en su juventud tenia, por cuanto nuestro libre albedrío, siendo en la santa doctrina bien informado, como lo fué este caballero, es de mayor fuerza que los planetas.

Y porque en este ramo que desta historia sale, que fué y es aplicado á este caballero, se hallarán en muchas partes razonamientos de muy buenas y católicas doctrinas por él dichas; y algunos, con muy gran causa, podrian decir: «Pues siendo tan mozo, no cabia en él dar consejo de tan anciano; y debiendo ser, segun su poca edad y mucha valentía, muy soberbio, darlo tan humilde; y con la soberbia y valentía, debiendo ser muy cruel, ser tan piadoso;» por cierto en alguna manera el tal decir y la tal sospecha con mucha razon podria haber lugar, y creer que estas tan blandas y católicas palabras mas quedaron de aquel que su historia escribió, ornándola y aderezándola porque bien pareciese, que de aquel á quien atribuidas fueron. Pero no es razon que lo que suyo proprio fué, así como todas las otras virtudes de que Dios dotarle quiso, se lo quitemos y apartemos dellas; porque la verdad desto es, que como este caballero fué criado de aquel santo hombre Nasciano, que de la boca de la leona lo quitó, que para el gobierno de sus hijos lo llevaba, y en su poder lo tuvo hasta la edad de siete ó de ocho años, que le convino darlo al rey Lisuarte, como la tercera parte desta historia contado ha; que en aqueste medio tiempo fué por él doctrinado y enseñado con tantas y tan dulces palabras, que aquel que con aquella afición las obraba las decia, y así le quedaron en la memoria escritas en sus entrañas, que nunca, por saña ni por ira que le viniese, las pudo en olvido poner. Las cuales recordadas, sobre ser muy fuerte y muy bravo de corazon en las cosas en que le convenia serlo, le hicieron humilde, católico y muy piadoso, mas que á otro alguno de su tiempo. En lo cual todos los hombres, especialmente aquellos que para seguir las armas y sobre otros mando han de tener, deben tomar ejemplo, y poner sus hijos, siendo en tierna edad, debajo de la doctrina y corrección de personas muy santas y de

buena vida, y no menos de sana discrecion. Porque, aunque por algunos sábios se dice nacer las criaturas en este mundo debajo de la costelacion de los planetas, y segun el movimiento y calidad dellas, y que así son sus mañas y costumbres, yo oso decir que este albedrío que el muy alto Señor del mundo sobre todas las cosas vivas que con él viven nos dió, siendo, como digo, doctrinado y enseñado y corregido de aquellos que aquí nombré, terná tanta fuerza que, forzado la mayor parte de lo natural con que nació, será tornado y sometido á la órden de las buenas costumbres y honesta crianza.

Pero dejemos por agora de mas hablar en esto, porque si nuestra mala condicion á quien nos tanto lugar damos, que de sierva que de razon debia ser, la hacemos señora, criándola, halagándola con sus apetitos, no lo estorbese como muchos en ejemplos y doctrinas de grandes sábios nos tienen amonestados, que la menor dellas debria pasar, para que dejando lo malo y dañoso, siguiésemos aquello que á nuestras ánimas gloria promete; y tornemos á Esplandian y á Sargil, su criado, que debajo de los grandes árboles estaban, como dicho es.

## CAPITULO IV.

De cómo, queriendo volverse á la nao, entraron en sendas barcas, guiadas por dos mudos, de los cuales, uno llevó á Sargil á la nao, y el otro guió con Esplandian por la mar adelante.

Cuenta la historia que, á las veces hablando, y otras veces durmiendo, Esplandian y Sargil pasaron aquella noche allí debajo de los grandes árboles que cabe la ermita que en la peña de la Doncella Encantadora estaban, donde estaba el gran idolo de metal. Y la mañana venida, descendieron por la cuesta abajo, mas no pudieron tanto andar, que muy tarde no llegasen donde el barco habian dejado, y hallaron los dos hombres mudos que ya oistes, el uno dellos en el mismo barco, y el otro en una barca muy mayor, los cuales los estaban esperando. Y como á la ribera llegaron, el hombre que en la gran barca estaba llamó por señas á Esplandian que viniese para él, y el otro á Sargil. Así que, cada uno dellos, no recelándose de ninguna cosa, entró con el suyo, y luego el del barco huyó adonde la gran fusta de la Serpiente estaba, y el de la barca por otra parte, á la mas priesa que pudo; de guisa que, sin se poder hablar, se partieron los unos de los otros. Mas ahora dejaremos á Sargil con el mudo en la Gran Serpiente, haciendo gran duelo porque así veia ir á su señor, sin él se hallar en su compañía, y contará la historia cómo Esplandian, llamándose el caballero Negro, fué por la gran mar, guiándolo aquel mudo que lo llevaba, sin saber dónde, ni lo que dél queria hacer, y cómo en cabo de diez dias que por ella navegó, aportó en la parte donde el rey Lisuarte preso estaba, y las grandes cosas que allí le acontecieron.

## CAPITULO V.

De cómo Esplandian y el mudo aportaron en la ribera de una fuerte montaña, la cual era del señorío de Persia, y de las preguntas y razones que Esplandian con un ermitaño que halló allí pasó.

Cuenta la historia que, pasados diez dias que el caballero Negro anduvo navegando por la mar de noche

y de dia, sin saber dónde fuese y sin lo preguntar á aquel que lo llevaba, porque él bien veia que no montaría nada, solamente se servia dél en que de lo que en la barca traia le daba de comer. Pues en cabo destes diez dias vieron la tierra firme, de que el caballero Negro hubo mucho placer, así porque estaba enojado de andar en el agua, como porque le parecia perder tiempo sin se ocupar en otras cosas que él mas deseaba, que era en hallarse en algunas aventuras en que otra honra y prez pudiese ganar. Y con aquel placer hizo señas al mudo que para aquella parte lo guiase, mas él no lo hizo; antes á vista de la tierra por la costa de la mar llevó la barca, navegando todavía, hasta tanto que vieron una montaña muy espesa de árboles en una gran peña tajada, y hecha á manera de un muro, en que la mar batia.

Entonces el marinero, antes que con una pieza á ella llegasen, guió la barca á la orilla, y hizo señas al caballero que en tierra saliese; el cual así lo hizo, y mostró una senda con la mano que iba hácia la montaña, haciendo señal que se fuese por ella. El caballero se encomendó á Dios, y tomó el yelmo en la mano porque no le empaclase, y su escudo al cuello, y la rica espada que ya oistes ceñida, y á pié, se metió por aquella senda que por entre muy espesas matas del monte guiaba. Y así anduvo, sin hallar persona alguna, ni otra cosa que estorbo le diese; pero á cabo de una pieza halló á mano derecha, entre unos árboles muy altos, una ermita pequeña, encima de la cual estaba una cruz, y plúgole dello, que bien pensó de hallar allí alguno á quien preguntar pudiese qué tierra era aquella; y fuése luego allá. Y como llegó cerca, vió estar cabe una fuente un hombre viejo con la barba muy larga, que con un cántaro tomaba del agua de la fuente. El caballero Negro se fué á él y le dijo: «Dios vos salve, buen hombre. — Así le plega, dijo el viejo; que por eso vine aquí á hacer esta vida. Mas vos, caballero, ¿quién sois? que ni vuestro hábito ni parecer no es desta tierra.» El caballero Negro le dijo: «Verdad decís, buen hombre, que no soy desta tierra; antes de muy lejos della, y la ventura me trajo aquí, sin haber hallado persona alguna á quien preguntase sino á vos; de que he habido mucho placer, y mas en haber visto aquella señal que encima desta casa pusiste. — ¿Cómo, dijo el hombre bueno, conoceisla vos, é sabeis qué tanto es preciada? — Sí conozco, dijo él, porque en otra de su semejanza padeció muerte aquel Señor cuyo soy. — A Dios mercedes, dijo el buen hombre, y muchas gracias le doy porque antes que desta vida pasase me dejó ver alguno que suyo fuese; que bien vos digo que desde que él padeció acá, que no se hallaria en esta tierra ninguno de su ley, porque los que en ella viven, todos son sus enemigos; y si yo soy aquí hallado, esto fué un caso que por mí sabréis. Mas mucho soy maravillado de vos, y mas lo seria si yo creyese que vos érades mortal, de lo que yo dubdo, segun vuestra gran hermosura; que si así no fuese, no osárades venir á tal parte en tal forma como vos veo. — Buen hombre, dijo el caballero, mortal soy y pecador; y si vos de mí os maravillais, así lo hago yo, que ciertamente la forma de mi venida ha sido tal y tan extraña, que poca cuen-

ta ni razon dello vos sabria dar; mas ruégovos, padre, si os pluguiere, que me digais qué tierra es esta y de qué señorío.» El buen hombre le dijo: «Venid conmigo, y de muy buen grado os lo diré.»

Entonces se fueron entrambos á la ermita, y entraron dentro, y el caballero, hincadas las rodillas, hizo oracion delante de otra cruz que dentro halló, la cual acabada, tomóle por la mano aquel hombre bueno, y sentóse con él en un poyo, y díjole: «Caballero, decíme de dónde sois; que lo que yo de acá supiere, de grado vos lo diré.» El caballero Negro le dijo: «Padre, yo soy de la Gran Bretaña; no sé si la oistes así decir. — Y ¿cuánto há que della partiste? dijo el caballero; que en ella estuve; ¿conoceis al rey de aquella grande insula, que se llama Lisuarte? — Sí conozco, dijo él; que muchas veces lo vi. — ¿Qué tal quedó cuando vos partistes, dijo el hombre bueno? — Esto no vos sabria yo decir, porque en aquella sazón fué perdido, y no se pudo saber cómo, del cual hasta entonces no se sabia cosa, aunque por muchos con grande afición y no menos trabajo es buscado.» Cuando el hombre bueno esto oyó decir al caballero estuvo suspenso, sin hablar por una gran pieza, como maravillado. En lo cual el caballero, como él en su pensamiento no tuviese sino saber nuevas del Rey, paró mientes, y calló hasta ver á qué podria recudir su sospecha. El hombre bueno, tornando en sí, dijo: «Caballero, porque sin recelo ni menos temor que por ello mal vos pueda venir, me digais de vuestra hacienda en todo y por todo; ahora, pues que así es, yo quiero que sepais quién soy, y no menos por qué razon vine á esta tan extraña tierra. Sabed que yo en esta Gran Bretaña nací, della es todo mi linaje natural, y al tiempo que una dueña cuyo yo era casó con un gigante que desta montaña que aquí cerca está fué señor, con ella me vine, así por la servir y haber algun bien della, como por ver mundo y tierras extrañas, que todos ver desean. Y aquí llegados, aquella mi señora, que hasta aquella sazón la ley de Cristo mantuvo, fué luego vuelta á la de los paganos, que su marido tenia con mas afición que otro alguno. Y como yo vi esto, no hallé remedio para me tornar á esa tierra; y considerando, segun la flaqueza de los hombres, que la contratación de las gentes en algun errado camino me podria poner, tomé por partido de me venir á este lugar, donde he pasado asaz peligros de mi vida con esta mala gente, por causa de tener ella muy aborrecida la ley que de mí es tan amada; y si algun remedio tengo, no es otro, despues de Dios, sino saber todos que aquella mi señora recibiria mucho enojo de quien á mi le hiciese. Así, estoy esperando, si la ventura me guiase, cómo, partiendo de aquí, pueda tornar á mi tierra. Dicho vos he lo que habeis oído; ahora os ruego, caballero, si vos pluguiere, que me digais la ventura que á esta tierra tan peligrosa vos trajo, donde si algun remedio no tomais en vos volver, no escaparéis de muerto ó de cruel prision, de que habria gran pesar, por ser de aquella tierra donde yo soy, con tanta hermosura cual nunca mis ojos vieron.» El caballero Negro le respondió y dijo: «Mucho me hecistes alegre desto que me habeis contado; y antes que vos responda, vos ruego mucho que me digais por qué causa, hablando en el



rey Lisuarte, pareció que el sentido se vos alteró, y cómo turbado ó espantado estuvistes.»

El ermitaño le dijo: «Sabed, señor caballero, que de una doncella mi hija que con la dueña que vos dije vive, que aquí me trae que coma, y me viene á ver algunas veces, supe cómo viniendo aquella dueña poco tiempo há de la Gran Bretaña, de saber de una prision de un hermano suyo que allá tiene, trajo muy encubierto un caballero preso de gran valor; pero no me supo decir quién fuese, sino que así á ella como á ambos los dos hijos gigantes que tiene les puso en grande alegría; y por esto que sabía, dudé, cuando me dijistes que el rey Lisuarte era perdido en este tiempo, si sería él, porque esta dueña sabe muchas artes mágicas y de encantamientos, con que gran mal puede hacer.» El caballero Negro le dijo: «Ruégovos cuanto puedo que me digais qué tierra es esta y á qué parte cae; y esta montaña que decis, en qué forma está y quién la posee.» El hombre bueno le dijo: «Esta tierra es en el señorío de Persia, y á esta parte que esta montaña está se hace una gran vuelta, que entra en la mar, de una Peña tajada y alta, encima de la cual es la montaña donde fué señor aquel gigante que vos dije; el cual en su vida, con su gran fortaleza, así de la persona como de la montaña, sojuzgó mucha parte desta tierra; que, como quiera que del un cabo tenga al rey de Persia, que es á la parte de la tierra Firme, y del otro al emperador de Constantinopla, por un pequeño brazo de mar que en medio es, nunca de ninguno dellos pudo ser sojuzgado ni ganarle esta montaña, tanta es su aspereza, ni por ello dejaba él de hacer mucho de lo que quería, así contra el uno como contra el otro. Y lo que mas le guareció fué la muy grande discordia en que estos dos muy poderosos señoríos ó imperios de muy grandes tiempos acá siempre han estado, haciéndose guerra muy cruel. Y deste jayan que vos cuento quedaron dos hijos muy grandes y muy valientes caballeros, que mucho mas que su padre han ganado y sojuzgado á su señorío. Los cuales hasta agora están en compañía de aquella dueña su madre, mi señora.»

El caballero Negro le dijo: «¿Por dónde es el camino para ir á la montaña?—Por ribera de la mar, dijo el buen hombre; que en la gran torre del alcázar hieren las ondas, y cabe la torre está hecha una escalera de mas de cincuenta pasos, labrada en la dura Peña; en cabo de la cual hay una puerta de hierro, que siempre es guardada por un caballero armado; en quien mucha fianza se hace, porque en aquella montaña no hay otra entrada ninguna, salvo aquella; que la mar la rodea casi toda, y lo que de tierra es guárdase con muy alto muro y fuertes torres, entre las cuales hay un pequeño postigo, por donde no puede mas de una bestia caber.—Pues ¿por dónde pasan á la puerta? dijo el caballero.—Por una puente bien larga que de maderos es hecha, por donde los del alcázar salen, la cual prestamente se derrueca cuando alguna priesa viene; que es á esta parte donde estamos.—A Dios séades encomendado, dijo el caballero Negro; que ir quiero á ver esto que me decis en qué forma está, y si pudiere saber quién es el preso que me dijistes.» El hombre bueno le dijo: «Y ¿qué vos aprovechará haberlo visto? No otra

cosa por cierto, sino morir, ó ser todos los dias de vuestra vida en capliverio.—Como quiera que sea, dijo el caballero, no dejaré de probar la ventura que Dios me diere.—Caballero, dijo el buen hombre, en las cosas que llevan razon son los hombres obligados de poner sus fuerzas, porque de su trabajo se puede esperar y alcanzar fruto; pero las que desta carecen, débense contar, no solamente á gran locura, mas á desesperacion conocida, donde claramente se aventura el cuerpo y el ánima. Y por esto, entre los muchos ejemplos y doctrinas que nuestro redentor Jesucristo nos dejó en las cosas de grandes milagros que andando en el mundo, en toda su vida hizo, fué señaladamente una, que, como quiera que del enemigo malo fué tentado que hiciese algunas cosas á él posibles y á nosotros muy imposibles, nunca quiso hacer sino aquello que por razon natural se debía, diciéndole que lo á él era tentar á Dios, dando á entender que así lo habian de seguir sus servidores, y no se poner á semejantes cosas como esta que empezar quereis; que yo vos digo que, demás de aquel fuerte caballero que la puerta de la cueva que es entrada de la montaña guarda, hay en la gran fortaleza dos gigantes, hijos de la dueña que vos dije, que en todo el mundo apenas se podrian hallar otros semejantes en esfuerzo y gran valentía.»

El caballero Negro le dijo: «Buen amigo, mucho vos agradezco el consejo que me dais; pero á mí me conviene seguir aquello para que nascido en este mundo fui, buscando y probando las cosas fuera de toda la órden de natura; que si así no lo hiciese, aquellos grandes sábios que sobre mi nacimiento y maravillosa crianza muchos juicios echaron, no solamente su trabajo en vano quedaria, mas serian por mentirosos tenidos. Pues si en lo que de mí hablaron dijeron verdad, ¿qué mayor gloria para mí se puede haber que acabar yo las cosas imposibles y espantables á otros? Y si por ventura su sabiduría saliere mentirosa, quiero que parezca mas cargo y culpa de su flaco saber que á mi cobardía. Solamente me queda un remedio, que esto sea empleado contra esta mala gente, ministros y miembros del diablo, de los cuales tengo esperanza de haber victoria; y si de otra manera fuere, el Señor en quien yo creo habrá piedad de mi alma.» El hombre bueno estaba mirando, en tanto que esto decía, aquella su gran hermosura y esforzado continente, y las lágrimas le vinieron á los ojos, y díjole: «Oh caballero mas hermoso que nunca nació, aquel Señor en quien tanta esperanza tienes te ayude y defienda; y pues tu voluntad en esto se determina, ruegote que aquí quedes esta noche, porque, aunque con hora podríades llegar, no entrarías en la montaña; que la puerta se cierra antes que el día pase con gran pieza.» El caballero se lo otorgó, pues vió que mas ser no podia.

#### CAPITULO VI.

De cómo el caballero Negro, guiándose para la Peña Tajada, entró en el fuerte castillo, donde por fuerza de armas mató tres caballeros gigantes, y libró al rey Lisuarte de la prision.

Así como la historia vos ha contado, quedó el caballero Negro en compañía de aquel hombre ermitaño, que le dió de cenar de aquello que para sí tenia, y ca-

ma en que durmiese, la menos pobre que él pudo. Pues la mañana venida, levantóse y hizo su oracion, encomendándose á Dios muy de corazon, y rogándole que lo guiase y ayudase de tal manera, que mas su honra que la vida sin peligro quedase, y luego se armó de todas sus armas, así como allí habia llegado, y por un camino asaz estrecho de muy espesas matas, que el hombre bueno le mostró, se fué, el cual de grado le hiciera compañía; pero no osó, por miedo que los jayades lo sabrian, y volvió llorando, rogando á Dios le ayudase en tan gran peligro como iba. Pues así anduvo el caballero por aquella senda, muy cerrada de la espesura de los árboles, y á poco rato hallóse en la ribera de la mar, y junto con el agua guiaba la senda por donde seguia su via; y así, al cabo de aquella floresta halló un campo hermoso, al cabo del cual la Peña vió que encima la montaña tenia, que le pareció de muy hermosas arboledas, y la Peña alta tajada como si á sabiendas se hiciera; y tanto anduvo, que llegó á la puente de los maderos por donde podian al castillo pasar, y luego á mas andar se metió por ella; así que, llegó presto al cabo donde estaba una pequeña plaza que una calzada de canto defendia que la mar no entrase en ella, y se juntaba con la gran torre del alcázar por la una parte, y en la otra las ondas batian con gran fuerza. El caballero miró arriba, y vió á una ventana de la torre que sobre el agua caia estar dos caballeros, el uno de los cuales le pareció de tan gran cuerpo y rostro, que fué maravillado, y bien pensó que aquel sería el uno de los jayanes; el otro con gran parte no se le igualaba, y luego á su diestra cerca de la torre vió la escalera labrada en la dura Peña, y en la puerta, encima donde estaba, un caballero asaz grande, armado de todas armas y una hacha de acero en sus manos. Pues así estando mirando lo uno y lo otro, díjole la guarda de la puerta: «Caballero sin ventura, ¿quién te guió á esta parte? que si la color de tus armas tristeza anuncia, venido eres donde muchas mas que ella las pide te vernán.» El caballero Negro le dijo: «No conviene á los caballeros de tan léjos responder como hombres de poco valor; y si la razon de mi venida saber quisierdes, aguardame, que yo te la diré.» Entonces puso el yelmo en la cabeza, que hasta allí en la mano lo trajo, por no perder el camino, y subió por la escalera tanto, que llegó á la puerta donde el caballero estaba, que le dijo: «Entra, malaventurado, donde ninguno que extraño fuese buena ventura hubo.» El caballero Negro no le dijo cosa alguna, sino luego se metió con él en la cueva; y como dentro fué, la guarda cerró la puerta de tal manera, que si no él ó los hombres del castillo, otro ninguno la sabria abrir, y la cueva quedó con una luz que por otra puerta que á la montaña salia entraba.

Pues así andando, díjole la guarda: «A tí conviene dejar esas armas, y que conmigo te vayas al alcázar, para te presentar á aquellos señores cuyo yo soy.—Mas llévame, dijo el caballero Negro, con ellas, así como estoy, y de grado haré lo que pides.—Eso no puede ser, dijo el otro; que las armas son mias de derecho, y si con ellas fueses, te guarecerian del otro que la puerta del grande alcázar guarda, y perderlas-hi-a.» Y diciendo esto, alzó la hacha con ambas manos por le herir en la cabeza;

mas el caballero, que apercebido estaba, alzó el escudo, y recibió en él el gran golpe, y puso muy presto mano á su espada, y dióle con ella por encima del yelmo tan fuerte golpe, que las manos le puso en tierra, y fué luego sobre él de rodillas por le cortar la cabeza, que así le convenia hacer, porque aquella tierra y la gente della, segun en las leyes tan diversos estaban, no requiría otra cosa sino matar, ó recibir él muerte si vencido fuese.

Y teniéndole así como oídes, entró un hombre por la otra puerta, que era á la salida de la montaña para en ella entrar, y dijo: «Argante, ¿por qué no traes el caballero que aquí entró? ¿En qué te has ocupado?» El caballero Negro le dijo: «No te aquejes tanto; que yo seré allá mas presto de lo que tú querrás, si las puertas no me embargan.» Cuando el hombre esto oyó, y vió cómo su caballero estaba tendido de espaldas y el otro encima, quitándole los lazos del yelmo, tornó cuanto mas pudo y cerró la puerta por donde entrado habia, y volvióse al alcázar. Así quedó el caballero Negro en la cueva encerrado, sin saber de si lo que hacer pudiese. Y como quiera que tentó las puertas, para abrir alguna dellas, no podia, porque eran tan fuertes y de tal guisa cerradas, que en ninguna manera podian ser abiertas sino por aquellos que lo sabian. Pues como así estuvo por una pieza, con mas congoja de ser allí preso con tal aventura que temor de ninguna afrenta que venir le pudiese; tanto, que ya él se contentara y tomara por remedio que los gigantes entramos á él vieran, y aun otros caballeros en su compañía, con tal que la puerta abierta fuese, y él como caballero pudiese padecer, haciendo aquello que debía, y no verse encerrado donde le convenia morir, como lo hiciera una triste animalía.

Pues así estando con tanta pasion, que el corazon le hervia con saña, sintió cómo abrian la puerta que al castillo salia. Y luego vió entrar por ella un caballero grande de cuerpo, armado de unas armas verdes, bordadas con oro, y venia blandiendo una espada con la siniestra mano; y como vió al caballero de las armas negras con su espada en la mano, y cerca dél la guarda descabezada, hubo muy gran pesar, y dijo: «Cautivo caballero, ¿por qué de tu grado te veniste á la muerte?» El caballero Negro lo miró, y vióle grande, de hermoso cuerpo y bien tallado, con aquellas armas frescas, y parecióle muy bien, y díjole: «Pues que Dios tan grande y tan hermoso te hizo, ¿por qué causa te dañas con tu soberbia, que así tan denodado me amenazas? ¿No piensas que esa muerte que dices, te está tan aparejada?» El gran caballero le dijo: «Teniendo tú ese que mataste á tus piés, que yo tanto amaba, ¿cómo quieres ser de mí bien tratado?—Ellos son dos daños, dijo el caballero Negro: que perdiste el amigo sin tu culpa, y con ella menoscabas tu honra; porque la fortaleza y valentía con cortesía y gran tiento se deben, para ser loadas, obrar; que las que con mucha ira y soberbia se ejercitan, la mayor parte pierden de su valor.» El caballero le dijo: «Yo no vengo á tomar consejo, sino á te dar la muerte.» Entonces se fueron á herir tan bravamente, que no hay hombre que los viese, que espantado no se estuviese; que el ruido era tan grande que



en la cueva se hacía, que no semejaba sino batalla de diez caballeros y mas.

Así se anduvieron hiriendo por todas las partes que mas daño se podían hacer, sin que un punto se parasen; y el gran caballero se combatía tan sábiamente, recibiendo en el escudo, y otras veces en el espada, los grandes golpes que el caballero Negro le daba, que era maravilla de lo ver. Pero poco le aprovechó, que antes que media hora pasase fué todo su escudo deshecho, que solamente las mangas en el brazo le quedaron, y las armas cortadas por tantos lugares, que ninguna defensa en ellas había. Así que, el caballero fué bien espantado de se ver en tan poco espacio de tiempo tan maltratado, que su fuerza ni su gran sabiduría en aquel menester no lo podían amparar, que muerto no fuese. Y como quiera que este caballero se combatió en su juventud, y despues en mejor edad, como ahora estaba, con los mejores caballeros del mundo, nunca halló entre ellos ninguno que á este con gran parte fuese igual. Y como así se vido casi sin armas, y que en muchas partes la sangre salía, comenzó á huir contra la puerta por donde venido había, pensando de se salvar. Mas el caballero Negro lo siguió de tal suerte, que antes que por la puerta saliese le alcanzó, y dióle por encima del yelmo tan fuerte golpe y tan grande, que no pudo prestar ninguna cosa que la espada no cortase hasta el casco de la cabeza, y dió con él tendido en el suelo; dende á poco rato, así de aquel golpe como de las otras muchas heridas que tenía, fué muerto.

Pues en este medio tiempo, en tanto que los caballeros así fieramente se combatían, los que estaban en el alcázar enviaron dos hombres que supiesen cómo iba en la batalla á su caballero, y cuando cerca de la puerta llegaron vieron cómo el caballero Negro salió por ella con la espada en la mano, toda teñida en sangre, y dijéronle: «Caballero, ¿qué ha sido de los nuestros caballeros?» Él les dijo: «Ha sido aquello que estaba ordenado. — Y ¿qué es eso? dijeron ellos. — Que padezcan en esta vida, y despues en la otra, dijo él, como lo hacen los malos.» Entonces los dos hombres miraron contra la puerta, y vieron el gran caballero muerto, y tornaron á mas correr, diciendo á grandes voces: «Salid, salid, Señor; que muerto es vuestro tío.» A estas voces acudió á la puerta del alcázar un gigante mancebo de dias, que se llamaba Furion, y venía desarmado; pero tan grande de cuerpo y de rostro, que cosa extraña era de lo ver. Y como vió al caballero Negro que contra él venía, dijole: «Tú algun diablo con armas desemejadas debes ser, que así por fuerza has pasado las dos puertas, y vencido en ellas uno de los mejores caballeros del mundo; pésame que tu muerte nos dará poca venganza.» El caballero Negro le dijo: «Bestia mala desemejada, sin talle y sin razon, ¿qué te diré, sino que eres muy peor que ese enemigo malo que dices? Porque el condenado del muy alto Señor ya no le queda lugar á ningun arrepentimiento ni remedio de salud; mas tú, á quien te dió juicio y tiempo de te arrepentir, hacer las crueldades que haces, por mucho peor que ninguno dellos te debo tener, pues que lo que es en tu mano, ya no lo es en la suya ni lo puede ser; quitate de esa puerta, y dame lugar que yo entre y

acabe mi demanda!» El jayan cuando esto oyó dijo: «¡Oh sin ventura de mí! ¿qué venganza puedo yo tomar en tan captiva cosa?» Y cerró luego la puerta, y lo mas presto que pudo tornó á ella, armado de unas armas tan fuertes y tan pesadas, como su grandeza y valentía lo demandaban. El caballero Negro le estaba atendiendo asentado en una piedra que allí halló, y como el Gigante tornó á la puerta, levantóse y dijole: «Como quiera que en tí no haya cortesía ni crianza, pues que en forma de caballero estás, haz una cosa que te diré. — ¿Qué es lo que quieres? dijo el jayan. — Que me des lugar, dijo él, pues á pié nos hallamos, cómo nuestra batalla se haga dentro de ese corral del alcázar, y no sea fuera en el campo, como lo hacen las brutas animalías; porque, así como á caballo acá fuera mejor sería, así á pié allá dentro es mas conveniente que se haga.» Esto decia el caballero á fin que si lo venciese se hallase dentro en el castillo, y no le pudiesen cerrar la puerta. El Gigante le dijo: «Cuando así te oí hablar, pensé que merced me demandabas; lo que poca pro te tuviera, porque necesario es que pases el trago de la muerte; pero pues á otra parte va tu demanda, hacerlo he, que el daño es tuyo; porque allá fuera con mas razon huyendo pudieras escapar.»

El caballero Negro, como esto le oyó decir, no le quiso mas responder, salvo que le dijo: «Yo haga lo que caballero hacer debe; Dios sabe lo que mas su voluntad será.» Y fuése contra la puerta; y el Gigante apartándose, entró con él en el corral, el cual de muy blancas y lisas piedras era labrado, así el suelo como los pilares que los grandes corredores sostenían, y frontero de aquella puerta que él entró estaba otra puerta grande, y á ella puesta una dueña en edad crecida, y otras dueñas y doncellas con ella. Entonces el Gigante se volvió á la Dueña y dijole: «Madre, yo vos ruego que, por mal ni bien que con este caballero me avenga, no sea osado ninguno de me socorrer; si no, yo mismo con mi espada me mataré.» Y luego dijo: «Agora te guarda, malaventurado.» Y puso mano á la espada, y cubrióse con su fuerte y grande escudo, y al mayor paso que pudo se fué contra él. Y el otro, cuando así lo vió tan grande y tan bien armado, dijo: «Señor Jesucristo, ayúdame contra este diablo enemigo tuyo, que sin tí poco para le empecer bastarían mis fuerzas.» Y fué para él, y alzaron el uno y el otro las espadas, y diéronse con ellas por encima de los yelmos tan grandes golpes, que el fuego salió en gran llama dellos. Mas como quiera que el golpe del jayan muy fuerte y pesado fuese, el yelmo negro fué por aquella que se lo dió en tal forma hecho, que ninguna cosa la espada en él pudo trabar; así que, el caballero sintió muy poco el golpe. Pero no fué así en el Gigante, que con la fuerza del golpe y la bondad del espada, cortó en él tan ligeramente, que no lo sintió tanto como nada en la mano, y derribóle una gran parte de la halda del yelmo, con el arco de acero que le atormentaba; de lo cual el Gigante fué muy espantado, que bien creja que con tal golpe y tan en lleno, que no hubiera arma en el mundo, por fuerte que fuera, que amparar le pudiese, ni caballero alguno que en pié se quedase. Y dudó su batalla mas que antes, pero no de tal manera, que no tornó con grande ira y saña á lo

herir por donde mejor pudo. Ma si él bravo llegó, no halló cobarde ni perezoso aquel que delante si tenía; antes todos los mas golpes le recibió en el escudo, que de la misma masa que el yelmo era. Y hirióle tan reciamente por todas partes, que la espada le hacia sentir en las carnes; tanto, que las piedras blancas eran coloradas de su sangre. Pero el jayan era tan bravo de corazon, que no lo sentía con la gran saña, y hería al caballero Negro de grandes y pesados golpes; mas él se guardaba dellos con mucha ligereza y viveza de corazon, de manera que los mas dellos le hacia perder, como aquel que desde que fué para menear armas aprendió con ellas todas las cosas que le convenían, en el tiempo que con su abuelo el rey Lisuarte estuvo, y despues en la insula Firme con su padre. Lo cual todo caballero, siendo mancebo, debe hacer, porque muchas veces el esfuerzo se turba, no de miedo ni flaqueza de corazon, mas de poca discrecion, por no lo haber usado; y como esto sea oficio, así como todos los otros, deben los caballeros procurar con gran cuidado de lo aprender, porque aunque en los otros no lo sabiendo se aventura el interese, en este la vida y honra, que mucho mas que ella es preciada.

Pues así como oídas andaban en la batalla el caballero Negro y Furion el gigante, tan juntos el uno con el otro, que muchas veces se daban con las empuñaduras de las espadas tales golpes en los yelmos, que los hacían revolver en las cabezas. Mas las armas del Gigante eran ya tales y tan rotas, que ninguna defensa en ellas había, y con la mucha sangre que de las llagas se le iba, era tan enflaquecido, que apenas se podía tener en los piés, y con el grande ahincamiento que el caballero Negro le hacia, que no lo dejaba un punto holgar, no lo pudiendo mas sufrir, comenzó á se retraer, y andar al derredor de los pilares de piedra, por se guardar de los duros y esquivos golpes, de los cuales no otra cosa sino la muerte esperaba. Cuando la dueña su madre, que á la puerta la batalla miraba, como ya oistes, así lo vió, comenzó á dar grandes gritos y voces, y decir: «¡Ay mi hijo, y cómo puedo sufrir ante mis ojos la tu muerte!» Entonces, como persona fuera de sentido, movió contra ellos, mas antes que ella llegase, el jayan cayó en el suelo de un gran golpe que el caballero Negro le dió por encima del yelmo, y de otro que le había dado en una pierna, que mas de la media fué cortada, por donde se le fué tanta sangre, que antes que socorrido fuese se le salió el alma.

Quando la dueña lo vió muerto así, cayó sin ningun sentido sobre él; así que, aquellas dueñas pensaron que muerta era; y llegaron todas, que serían hasta diez, y tomáronla en sus brazos, y lleváronla al castillo, maldiciendo al caballero y denostándole mucho con grandes aviltamientos. Mas él por todo eso nunca palabra mal agraciada les dijo, antes se fué tras ellas, diciéndoles que le echasen agua por el rostro, que aquello no era sino amortescimiento; y no quiso entrar en una sala donde la Dueña pusieron, hasta en tanto que ella fué en todo su acuerdo; la cual, como tornada fué y vió al caballero Negro ser allí, dijole: «Caballero destructor de todo mi bien y alegría, ¿qué quieres aquí mas de lo que has hecho? Véte deste castillo; que ya no dejas en

él sino flacas, amargas y cuitadas mujeres. Y si otra cosa te place, entra y hazlo; que no hay quien te lo estorbe.» Esto decia la dueña con grande infanta; porque, como ella fuese la mayor encantadora y mágica que en muy gran parte se podía ballar, y tuviese aquella gran sala encantada para que cualquiera sin su voluntad en ella entrase, bien pensaba que el primero paso que el caballero diese, caería en el suelo sin sentido alguno, desapoderado de toda su fuerza. Mas de otra guisa que ella pensaba le acaeció; que como aquel caballero la espada encantada consigo trujese, ningun otro encantamiento le podía empecer; que sobre todas las virtudes suyas, esta era la una de ellas, porque fué hecha por el arte y gran sabiduría de la doncella Desdichada, llamada Encantadora, hija del gran sabio Finetor, que así como ella no tuvo par en las artes de nigromancia, y como el encantamiento de la espada muchos tiempos antes fué hecho, ninguno de los que despues se hicieron podían ser bastantes á lo desatar; y por esta causa, aunque Urganda la Desconocida fuese en estas artes tan señalada en el mundo, como esta grande historia os ha contado, no bastaba tanto su saber que del castillo del alcázar á su muy hermoso y amado amigo sacar pudiese, por estar antes el castillo encantado por la señora dél, y sacólo Amadís por fuerza de armas, como se ha dicho en la primera parte; así que, oido esto que la dueña decia por el caballero Negro, entró en la sala y dijo: «Dueña, mostradme el rey que aquí trujistes preso.»

Quando la dueña le vió dentro sin estorbo alguno, y que preguntaba por el Rey, fué mucho espantada, y no supo qué cosa fuese haber así perdido la fuerza de su sabiduría, y dijo con una voz dolorida: «¡Ay cativa y desventurada! ¿qué he hecho, que pensando vengar los muertos, he dado muerte á los vivos?» Con esto, llorando de sus ojos, dijo: «¡Oh mi hijo Matroco! ¿dónde agora tú estas? ¿Qué fuerte ventura fué la tuya, en tal sazón te fuiste deste castillo, pues que cuando á él volvieses otro poseedor hallarás, y si cobrar lo quisieres, perderás la vida, así como los tuyos lo han hecho; que este caballero, segun lo que de sí muestra, no es mortal; que si fuese, mayor estorbo le diera el viejo cuitado de mi hermano y el mozo sin ventura de mi hijo!» Luego dijo al caballero: «¿Qué rey demandas? Dime cuál es.» El caballero le dijo: «Cualquier que sea, tal te lo demando para lo sacar de aquí; que como los reyes sean ministros de Dios por su voluntad, ungidos y señoreados sobre tantas gentes, no deben, si por él no, por otro alguno ser corregidos ni apremiados de tal guisa, porque cuando él fuere tal que gran pena ó corregimiento merezca, muy mayor y mas cruel lo habría de su mano que las gentes se lo pueden dar; porque, así como la merced fué tan señalada en grandeza, así en cruza la pena les sobrevendrá en mayor cantidad; por ende, dueña, muéstrame dónde está.» La Dueña le dijo: «No sé quién tú eres, ni quién te guía, que así sin peligro has pasado tan gran afrenta de armas, la cual creído tenía yo que veinte tales como tú para ello no bastaran; y con esto has destruido aquel mi gran saber, en que tanto trabajo por lo aprender puse; pero bien creo que tu poder ni esfuerzo no lo hacen, sino aquel en quien yo primero creía, que como á bueno lo dejé, por me tor-



nar al enemigo malo, que me ha dado la pena que á los que le siguen acostumbra á dar; y pues que el que tanto puede tienes en tu ayuda, á mí excusado será contradecir lo que demandares. Sígueme; que yo te mostraré lo que pides, y no sé si por ventura será lo que piensas.»

Entonces la dueña se entró por otra puerta en una oscura y pequeña casilla, y sacó del seno una llave y abrió otra puerta de hierro, y dijo al caballero: «Entra; aquí hallarás lo que demandas.» El caballero le dijo: «Si otro engaño aquí no se aventurase sino de armas, no verías en mí punto de cobardía; pero si con tu flaca mano, estando yo de dentro, la puerta cerrases, ¿quién me daría remedio para la salida? Conviene que por razón vaya, como los cuerdos hacer lo deben.» Y entonces tornó á la puerta por donde entraron, y cerróla con la traviesa, porque ninguno allí entrar pudiese, y dijo á la dueña: «Entrad vos delante, porque si mal hubiere, lo primero sea vuestro. — Bien veo, dijo la dueña, que mis artes no te pueden empecer; por eso haré lo que dices; pero ¿qué será que no hay luz con que ver puedas? — Dios la dará,» dijo él. Entonces quitó la cubierta de la vaina de su espada, que era un paño de lino que el su barquero le dió, y el resplandor fué tal, que vió una escalera que iba hácia bajo, que la Dueña fué muy maravillada en ver tan extraña cosa; de manera que la que hasta entonces poder tenía de á todos encantar, estaba como encantada, perdido todo saber.

Pues bajados por aquella escalera, halláronse en una bóveda de canto, y vieron á un cabo della al rey Lisuarte ser encima de un lecho, y tenía á la garganta una gruesa cadena, y á los piés unos muy pesados adobes (1). Cuando el caballero Negro así lo vió hubo muy grande piedad dél y las lágrimas le vinieron á los ojos, pero no quiso darse á conocer hasta tanto que viese lo que el Rey diría. Cuando el Rey así los vió delante, que hasta entonces nunca claridad ni persona había visto desde que allí le trujeron, fué maravillado porque así entraba el caballero armado, y de tales armas, y temióse de algun peligro y acordó de hablar á la dueña, y dijo-le: «Dueña, ¿conoceis me quién yo soy? — Sí, dijo ella, que en mal punto nacistes en este mundo para mí, que por vuestra causa he perdido cuanto bien en él tenía. — Mucho pesar he yo deso, dijo el Rey, porque siempre cuanto pude procuré en guardar y honrar todas las dueñas y doncellas, por las cuales mi persona fué en grandes peligros puesta, y si vos al contrario recibistes, no sería por mi voluntad. Y por esto vos ruego mucho, si vos pluguiere, que me digais en qué parte y en qué poder estoy así preso en tan esquivo lugar, porque yo ni lo sé ni lo puedo pensar cómo aquí vine; que bien tengo en la memoria cómo, por socorrer una doncella que un mal hombre forzar quería, fui entrado en una tienda donde llegué; pero cómo aquí vine, ni quién me trajo, no puedo entender, sino tanto que como recordé de un sueño me hallé en este lecho que aquí veis, y con estos grandes adobes de hierro, y esta cadena á la garganta, y en esta tan grande tenebregura; que aunque me han traído de comer, nunca vi quién

(1) Grillos.

lo trujese, antes á oscuras lo he tomado donde me lo ponían.»

La dueña le dijo: «Si tú, Rey, tan poco tiempo en esta tenebregura has estado, no creas que con ella quedo yo satisfecha, porque muy largos tiempos la he yo por tu causa sostenido, tan cruel y tan amarga, que si el corazon me sacasen, lo verían tornado de carbon; y cuando pensé la mia angustia haber fin con tu prision, y remediar la pérdida pasada, aquella contraria fortuna, que siempre me fué adversa, no se mudando de como solia, aunque por esta tu prision grande alivio me diese, la salida de mi esperanza ha sido mucho mas amarga y cruel que lo pasado; que, como yo pensase contigo darme remedio, no sé cómo ni dónde ha sobrevenido este caballero, que por fuerza de armas ha vencido y muerto todos los que en este castillo armas tomaban; y yo dél constreñida, me hizo que en tu presencia lo trujese, lo cual de mi voluntad muy alejado estaba; que como la grave ira de la mujer no tenga alivio ni remedio alguno hasta tanto que la venganza que desea cumpla, si esta tan gran fuerza no, otra cosa ninguna pudiera hacer que mi propósito mudado fuese; pero ya la fortuna no tendrá tanto poder, que dándome tantos dolores y angustias me pueda sostener la vida, que si con ellas la muerte no me sobreviene, yo misma por de ellas salir me la daré.» Y entonces se volvió al caballero Negro y dijo: «Tú, espíritu malino, que en forma de caballero vienes, que si fueses hombre humano no alcanzarías sobre el mi gran saber mas que lo que has mostrado, ves aquí el rey que demandas; ¿qué es lo que quieres que dél se haga?»

El caballero Negro le dijo: «Quiero que luego le quites esas prisiones y que quede en su libertad.» La dueña sacó las llaves que ella tenía, sin las fiar de persona alguna, y abriendo la cadena y los adobes, quedó el Rey suelto, y levándose en pié, fué contra el caballero y dijo-le: «¡Oh buen amigo! ¿quién sois, que tanto bien me hecistes y tanta honra y prez en ello ganastes?» El caballero respondió: «Cuando convenga, yo, Rey, vos diré lo que saber quereis; en tanto salid de esta prision, dando gracias al poderoso Señor, que nos, por bien y reparo de los suyos, suele dar semejantes azotes.» El Rey no le respondió nada, pues vió que se quería encubrir, y saliéronse todos tres de la prision á la gran sala, y nunca el caballero Negro se quiso quitar el yelmo, por no se dar á conocer, aunque el Rey mucho se lo rogó; y esto era ya á tal hora, que las dos partes del día eran ya pasadas; que el caballero Negro llegó allí bien de mañana, aunque en las batallas que hubo con el caballero que la puerta guardaba y con el otro que luego le sobrevino, y despues con el Gigante, se detuvo mucho. Y como quiera que las fuertes armas defendieron que herido no fuese, no pudieron resistir que las carnes no lacerasen mucho, las cuales él tenía quebradas y magulladas por muchos lugares, y aunque su espíritu gran fatiga dello recibiese, el corazon y esfuerzo, determinado á cumplir lo que dellos profetizado estaba por aquella gran sabidora Urganda y por la doncella Encantadora, no daba lugar que flaqueza ni quejarse dello mostrase; así como por la mayor parte á muchos suele acaecer, que el loor de sus hechos los pone en mucha mas oscuridad de lo que obligados son; de manera que reciben doblada vanagloria, y el grande esfuerzo se convierte en locura, que les hace perder la vida y gran parte de la hocrá, no quedando el ánima muy segura; así que, se puede bien decir que ordenando el seso y ejecutando el esfuerzo se puede alcanzar perficion.

día de lo que obligados son; de manera que reciben doblada vanagloria, y el grande esfuerzo se convierte en locura, que les hace perder la vida y gran parte de la hocrá, no quedando el ánima muy segura; así que, se puede bien decir que ordenando el seso y ejecutando el esfuerzo se puede alcanzar perficion.

## CAPITULO VII.

Do cómo, siendo desatado el rey Lisuarte de la prision, luego aportó por la mar el gigante Matroco, que era el señor del castillo, con el cual convino al caballero Negro hacer armas, en que hubo la victoria.

Pues estando todos tres en la gran sala, preguntando el caballero Negro al Rey qué mandaba hacer sobre su deliberacion y qué quería de sí hacer, llegó á ellos una dueña y dijo que ya en el alcázar no había hombre ninguno, que todos huyeron cuando el Gigante murió, y dijo: «Señora, vuestro hijo Matroco es venido en sus fustas, y trae otros consigo, con gran presa de gente.» La dueña dijo: «No sé qué diga, si de su venida me place, porque ya no querría ver mas angustias; que la soberbia y braveza de mi corazon con ellas se quebrantada.» El caballero Negro cuando esto oyó dijo: «Dueña, guiadnos á una ventana que yo vi salir sobre la mar.» Entonces la dueña fué delante por el castillo, y el Rey y él tras ella, y llegaron á la ventana, donde muy gran parte de la tierra y de la mar parecia; y vieron cómo al pié de la torre estaban las fustas del Gigante y las otras que por fuerza traía, en las cuales conocieron al maestro Elisabat y á Libeo, su sobrino, que por grande aventura fueron del Gigante tomados y allí traídos, así como adelante oiréis, con hasta quince hombres suyos. A esta sazón el Gigante era ya fuera de la mar y hablaba con los hombres que del castillo huyeron, los cuales le contaban el gran daño que su tío y su hermano habían recibido, y cómo su alcázar era en poder de aquel que los había muerto.

Con estas nuevas el Gigante fué tan turbado, que mas ser no podia, y miró arriba á la ventana, y vió al rey Lisuarte y al caballero con las armas negras, y preguntó á sus hombres quién era aquel caballero. Estos le dijeron: «No es caballero, sino infernal diablo; que sus cosas no son de persona mortal; aquel es el que ha muerto á los tuyos y ganado tu alcázar, y segun nos parece, ha sacado de la prision al otro que consigo está, que tú muy guardado tenias, tanto, que hasta agora ninguno de nosotros vimos, ni sabemos quién es.» Entonces el Gigante dijo con una voz alta y medrosa: «¿Eres tú, caballero, el que mataste á mi tío y á mi hermano y la guarda desta montaña?» El caballero le dijo: «Mas ¿eres tú aquel que atrevido, con gran soberbia prendes los reyes y haces guerra con los emperadores, y traes por fuerza otras muchas gentes que nunca mal te hicieron? Estos que dices que yo maté, matólos su gran soberbia y crueles obras; que ya el Redentor del mundo, enojado dellos, no quiso sufrir sus maldades, y quiso que aquí algo dellas pagasen, no les quitando la infernal pena que allí donde van merecen.» El jayan, cuando esto le oyó decir, dijo: «¡Ay caballero, cómo la fortuna te ha querido en todo ayudar y favorecer, por te hallar yo encerrado en tan fuerte lugar,

donde no temes los duros golpes de mis brazos! Mas no será ella tan poderosa, que quitarme pueda de te tener cercado por la mar y por la tierra hasta que á merced te tome, y entonces haré de tí lo que mi voluntad fuere. No te mataré, que en ello poca pena te daría; mas sosteniendo la vida, recibirás muchas y muy crueles muertes. — Por muchas amenazas, dijo el caballero Negro, que me hagas, no placrá á aquel Señor en quien yo tengo esperanza, que á ira ni gran saña me muevas; porque si yo de vencer te tengo, ha de ser con bravo y fuerte corazon, teniendo la voluntad humilde y con lo justo conforme, así como él por nos salvar, padeciendo, nos lo dejó por ejemplo; y por esto, no conviene que mas me digas ni yo responda, sino tanto quiero de tí saber de qué serás mas contento: que yo salga ende donde estás, ó que tú sin otra compañía alguna vengas aquí, como yo lo estoy. — Pues que en mi determinacion lo dejas, dijo el jayan, allá entraré contigo; porque viendo eso que mio es, la vida perdiendo, con mas esfuerzo pugnaré de lo defender. — Así me place que sea,» dijo el caballero Negro.

Entonces el jayan mandó á los suyos, que serian hasta sesenta hombres, que de allí donde estaban no se partiesen, y él se fué á la escalera que ya oistes que en la peña labrada estaba, y por ella subió, armado de todas armas, salvo la lanza. Y llegó á la puerta de hierro, que sus hombres que huyeron abierto habían; y como entró en la cueva, halló á Argante; su caballero y guarda de la montaña, muerto, de que gran dolor hubo, así por la bondad de armas que en él había, como por ser criado de mucho tiempo de su padre; y pasó por él, y llegó á la otra puerta, donde halló al gran caballero de las Armas Verdes, asimesmo muerto, y como lo vió, estuvo una gran pieza espantado, y dijo: «¡Oh mi buen tío, qué dolor es á mí tu muerte, en cualquier parte que murieras, y mucho mayor en esta donde yo tengo el señorío! Mi fuerte ventura lo ha causado, que habiendo tú tratado tan largos tiempos las armas, pasando por las mayores afrentas que caballero pasar pudo, escapando de muchos peligros, en el cabo dellos y de tus largos dias te quiso poner, muerto, frio, tendido en la tierra, ante mis ojos! Pues ¿qué haré? ¿En quién tomaré la venganza? Pues que solo un caballero, y nomas, me queda de conquistar, el cual, habiendo en tan poco espacio de un dia tanto en armas hecho, no le quedarán sus fuerzas tan enteras, que venciéndolo, sea mas que vencer una mujer. ¡A los dioses pluguiése que, para que mi saña y fuerzas bien empleadas fuesen, que tuviese agora delante de mí aquel Amadis de Gaula, que tan loado es por el mundo, ó alguno de sus hermanos, aunque todos tres de consuno fuesen, porque la pérdida de tu desventurada muerte con la gran honra que venciéndolos ganase fuese reparada, y enmienda de tu sangre preciosa con derramamiento de la suya se satisficiese!»

Pues así estuvo aquel gigante, Matroco llamado, haciendo su duelo, el cual acabado, salió por la puerta, y vió estar á la otra del alcázar el caballero Negro, que le esperaba, y fuése luego á gran paso contra él, y como llegó, quiso con una apresurada arremetida entrar en el castillo, porque no pensaba ni creía que la fuerza de aquel lugar le diera osadía para cumplir su promesa.